

EVARISTO MARTÍN NIETO

EL HOMBRE
BÍBLICO

ESCUELA BÍBLICA

DE LA

AXARQUIA

Destinatarios: Los alumnos de la Escuela Bíblica de la
Axarquía

Marzo 2013



ESCUELA BÍBLICA DE LA AXARQUIA

-- Parroquia de San Andrés Apóstol --

C/ San Martín nº 2

INTRODUCCIÓN

El hombre bíblico se distingue por ser un asiduo lector de la Biblia y por saber cómo hay que leerla para descubrir los sentidos espirituales y simbólicos que tanto abundan en ella. Hacer una lectura puramente literalista de la Biblia es una herejía. Se distingue también por la sensibilidad ante los temas fundamentales de la misma y por procurar encarnarlos en su propia vida, con el fin de imitar a Jesucristo, pues en eso consiste la perfección cristiana. Ojalá pudiéramos decir lo de San Pablo: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1). Y también, “Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

A continuación expongo, de manera muy sencilla, alguno de los temas que yo considero de gran importancia. Son temas sabidos y resabidos por todos, por lo que no pretendo enseñar nada nuevo,

sino recordar lo que no debemos olvidar nunca. Soy consciente de que hay cosas que repito más de una vez, lo que puede servirnos para grabarlas bien en la mente y en el corazón.

I LA PROFECÍA

El hombre bíblico es un buen conocedor de los mensajes que denuncian y anuncian los profetas. Se hace eco de sus palabras proclamándolas y actualizándolas en el contexto histórico en que hoy nos encontramos. Sabe discernir el verdadero profeta, portavoz de Dios, del falso profeta catastrofista y/o adulator.

El profeta es la conciencia crítica de la sociedad. Es un elegido de Dios para hablar en su nombre. Es la voz de Dios y la voz de los que no tienen voz. Es un revolucionario en el sentido más noble de la palabra. Postula cambios substanciales en una sociedad injusta, incluso en la misma Iglesia. Denuncia el presente y anuncia el futuro. Clama contra las injusticias, proclama con valentía los derechos humanos conculcados, a sabiendas del riesgo personal al que se enfrenta.

Los creyentes en Cristo somos miembros de una Iglesia institucional y de una Iglesia profética. Sin lo institucional, la Iglesia se rompería en mil pedazos,

pero sin lo profético la Iglesia sería una Iglesia muerta...

Jesucristo fue Rey, Sacerdote y Profeta: Se proclamó Rey como respuesta a las palabras del cruel Pilato: “Luego, ¿tú eres rey? Jesús respondió: tú lo dices: Yo soy rey”. Vino a predicar y a instalar en este mundo el reinado de Dios, el reino de la justicia, del amor y de la paz. Pero no ejerció nunca como rey. Como sacerdote ejerció una sola vez, en la última cena, instituyendo y celebrando la Eucaristía. Toda su vida actuó como profeta. Ante las palabras y los hechos de Jesucristo las gentes decían: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo (Lc 7, 16). Fue tenido como el profeta supremo prometido en Dt 18, 15, al que todos debemos de escuchar (Mt 17, 5). Al final, Jesucristo muere asesinado como lo fueron en general los profetas. Las causas que le llevan a la cruz: ser un revolucionario social que tanto molestaba a las instituciones públicas y hacerse igual a Dios.

Los profetas no han faltado nunca, ni pueden faltar en la Iglesia. Cito solo cuatro de nuestro tiempo: El Papa Juan XXIII, Óscar Romero, Ignacio Ellacuría y

Pedro Casaldáliga. Sigue hoy habiendo grandes profetas pero hace falta que escuchemos su voz y practiquemos lo que dicen, pues, como siempre, son intérpretes entre Dios y los hombres.

II LA FE

EL hombre bíblico se fía de Dios, se pone incondicionalmente en sus manos para que haga en él lo que quiera. Lo que haga será lo que más le convenga. Acepta lo que le ocurre como una expresión del querer divino. Ha decidido hacer de sí mismo el “santo abandono” en la voluntad de Dios.

La fe es el fundamento de nuestra vida religiosa. En el Nuevo Testamento, el sustantivo **fe** aparece 243 veces y el verbo **creer**, 245. Estas cifras indican la importancia que tiene la fe en el conjunto de la revelación divina y en la historia de la salvación: La fe es el origen y el sustento de todo. Pedro dice al Señor: “Nosotros hemos creído y hemos conocido que tú eres el Santo de Israel” (Jn 6, 69). El conocimiento está subordinado a la fe de tal modo que solo por medio de la fe se obtiene el conocimiento de Jesucristo. Para conocer hay que creer. Y sin conocimiento, no hay amor, pues nada se puede amar, si no se conoce. En términos semejantes

a estos se expresaron San Agustín y San Cirilo de Alejandría.

Las cosas de Dios y sobre Dios solo pueden conocerse desde el mundo de lo sobrenatural donde nos sitúa la fe. El hombre bíblico sabe que la Biblia fue escrita bajo la acción del Espíritu Santo y bajo esa misma acción divina debe ser leída para conocer en profundidad los sentidos literales, espirituales y simbólicos que contienen los hechos y dichos de Jesucristo. Los Santos Padres decían que había que leer la Biblia orando.

La fe es creer que Dios es **EL SER**, con artículo y con mayúscula. Así se definió él: **YO SOY EL QUE SOY** (Ex 3, 13), el que tiene en sí mismo la razón de su propia existencia.

La fe es creer que Dios es el creador del universo, del cielo y de la tierra, de lo que vemos y de lo que no vemos; es creer en Jesucristo, injertarnos en él (Jn 12, 11; Gal 3, 14), creer en su nombre: Éste es el mandamiento de Dios “ que creamos en el nombre de su Hijo y que nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que nos ha dado” (1 Jn 3, 23),

“creer en el Señor” (He 18, 8). La fe en Cristo no es distinta de la fe en Dios, es la misma fe presente en la vida de Jesucristo que con su muerte, resurrección y exaltación gloriosa ha efectuado la salvación del mundo.

La fe salva (Rom 10, 9): “Tu fe te ha salvado”, es una frase frecuentemente repetida por Jesús. El hombre se justifica ante Dios por la fe, no por las obras de la ley (Rom 3, 28). EL cristiano no tiene que pasar antes por las leyes del judaísmo. Nos salva “la obediencia de la fe” que nos comunica el Espíritu Santo, no la abundancia de la ley judaica (Gal 3, 2-5). A fin de cuentas, la fe es un regalo, un don de Dios, que el hombre debe recibir con las puertas del corazón abiertas de par en par para que él realice nuestra transformación en su Hijo divino.

La fe es el encuentro con Dios en lo más íntimo de nuestra vida. Una forma de poseer lo que esperamos, lo que la fe nos asegura que lo obtendremos. Es más, ya lo poseemos, pues se trata de la vida eterna, y de Cristo son estas palabras: “Os aseguro que el que cree **tiene** vida eterna” (Jn 6, 47), aunque no lo podamos ver con los ojos de este cuerpo carnal. Para

verlo hace falta romper “la tela de este dulce encuentro”, como decía San Juan de la Cruz.

La fe es cosa de la mente, pero lo es más del corazón. Es fiarse de Dios, poner en sus manos nuestra vida entera, el presente y el futuro. Él sabrá lo que hace con nosotros. La fe y el amor están indisolublemente unidos: “Lo importante es la fe y que esta fe se exprese en obras de amor” (Gal 5, 6). Una fe sin amor es una fe muerta.

La fe tiene un poder divino. Cristo dijo: “Todo lo que pidáis en mi nombre yo lo haré” (Jn 14, 13 y Jn 15, 7). La fe mueve montañas. Los portentos realizados por Cristo se deben a que la fe del hombre suplicante se apoderaba del poder divino que actuaba en él. Por eso Jesús le decía: “Tu fe te ha salvado” (Mt 9, 22). En su pueblo de Nazaret no pudo hacer ningún milagro porque sus paisanos no tenían fe en él (Mc 6, 5).

¿Los milagros producen la fe? No. Ante el gran milagro de resucitar a su amigo Lázaro, unos creen en él y otros deciden quitarle del medio. Podemos decir que es lo contrario: la fe produce el milagro, aunque,

en ocasiones, el milagro suscita la fe. El autor del cuarto evangelio así lo pretende en sus últimas palabras: “Otros muchos milagros hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (Jn 20, 30-31).

La fe de la que hemos hablado es una virtud teológica, la fe en Dios y en Jesucristo. La fe, que podamos tener en las personas, es otra clase de fe, puramente humana, por muy buenos y santos que nos parezcan y que lo sean, incluso por los altos puestos que tengan en las estructuras de la Iglesia. Podemos apoyarnos en ellos, en sus enseñanzas, en tanto en cuanto nos sirvan para corroborar nuestra fe en Dios y en Jesucristo. Esta fe en las personas, cualesquiera que sean, se puede llegar a perder. Podrá haber suficientes razones para ello. Lo que no se puede perder nunca es la fe teológica expresada en el credo apostólico.

III EL AMOR

El hombre bíblico es un hombre que pone en el valor supremo el amor a Dios, a Jesucristo y al prójimo; vive amando a todos, sea el que sea, amigos, enemigos, santos, pecadores, criminales, pues a todos los considera hermanos, hijos del mismo Padre. El amor es su vida.

Amor es la palabra más bella del diccionario. Ha estado y estará siempre de actualidad en todos los momentos de la historia humana. Es también la palabra que encierra el contenido más profundo, más gozoso y más comprometedor que afecta a nuestras relaciones con Dios y con todos los seres humanos.

El amor es la fuerza motora del mundo, de la historia humana, la palabra más usada, el tema sobre el que los autores eclesiásticos, los literatos, los poetas, los místicos, los teólogos y tantos otros han hecho correr ríos de tinta sobre el amor. Pero el contenido de la palabra es tan complejo y tan arcano, que ninguno nos ha dado una definición exacta, clara y concisa, de lo que es el amor. Porque eso,

sencillamente, es imposible, pues el amor es un misterio. Dios, que es EL MISTERIO, es AMOR. Y si Dios es incomprendible por la luz natural de la razón, lo es también el amor.

A la Biblia la podemos llamar “El libro del amor”. En el Nuevo Testamento sobresalen los escritos de San Juan y las cartas de San Pablo. Y en el Antiguo sobresale el Cantar de los Cantares, el cantar por excelencia, el más bello de todos. Rabí Akiba, en el siglo II, decía: “Todos los hagiógrafos son santos, pero el Cantar es sacrosanto. El mundo entero no vale tanto como el día en que este libro fue confiado a Israel”. Orígenes llamaba dichoso al que comprende y canta los Cantares de la Escritura, pero mucho más dichoso el que canta y comprende el Cantar de los Cantares.

Un maestro de la Ley le preguntó a Jesucristo qué era lo primero, lo más importante, entre tantos mandamientos de la ley escrita y de la ley oral (unos 1400). Jesucristo le contestó que lo primero era el amor a Dios, y que lo segundo era igual a lo primero, amor al prójimo. Son, pues, dos mandamientos en uno indisolublemente unidos, de tal modo que no es posible amar a Dios, si no se ama al prójimo.

Sabemos que lo amamos, porque nos amamos. Si no amamos al prójimo, que vemos, no amamos a Dios, al que no vemos. Nos amamos, porque Él nos amó primero. Y ese amor divino nos lleva a amar a los demás con obras de amor. Si esto no se da, no hay amor en nosotros. Y sin amor, todo se reduce a la nada. “El tiempo no consagrado al amor es tiempo perdido” (Torquato Tasso).

Si Dios es amor, vivir sin amor, es vivir sin Dios. Y por el contrario, el que ama está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16). “Cada cual es lo que es en su amor. ¿Tú amas a Dios? Tú eres Dios” (San Agustín). “Donde hay caridad y amor, allí está Dios”. San Pablo decía a los efesios que vivieran siempre en el amor a imitación de Jesucristo (Ef 5, 2) y lo mismo decía a los corintios: “Hacedlo todo por amor” (1 Cor 16, 14).

Nunca se puede pecar de amor. El pecado está en no amar. Son bien conocidas estas palabras de Ch. Peguy: “Tampoco me gustan los beatos. Los que como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia. Los que creen que están en lo eterno, porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que, como no están con el hombre,

creen que están con Dios. Los que creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie”.

San Pablo dirá que “el que ama al prójimo, ha cumplido la Ley....que todo se resume en esto: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Rom 13, 8-9). No dice que todo se resume en el amor a Dios, sino en el amor a los demás. San Agustín decía que el amor a Dios es el primero en la jerarquía de los preceptos, pero el amor al prójimo es el primero en el rango de la acción.

El hombre y la mujer han sido hechos para amar y para ser amados. El amor es un derecho inviolable y un deber ineludible. San Pablo dice que el hombre, por encima de todo, lo que tiene que hacer es amar. Pero este amor debe ser correspondido, como le acontecía con sus más queridos, los filipenses, pero no así con los corintios, a los que escribe con los ojos arrasados en lágrimas, porque amándolos no es amado por ellos; les reclama la correspondencia del amor (2 Cor 2, 4-6. 11-12); a pesar de su ingratitud, él seguirá desgastándose por ellos, aunque él los ame mucho y ellos lo amen poco (2 Cor 12, 15). Jesucristo dijo a sus discípulos: “En esto reconocerán todos que sois discípulos míos” (Jn 13, 35). Y así era, pues las

gentes decían de ellos: “Mirad cómo se aman”. Y ese amor se contagiaba de tal manera que surgían por doquier nuevos cristianos. ¿Por qué ahora sucede lo contrario? ¿Por qué, en lugar de crecer, disminuyen los cristianos? ¿Por qué las gentes, sobre todo las nuevas generaciones, pasan de la Iglesia? ¿No será porque no ven en nosotros la marca del amor mutuo? ¿No será por lo que San Pablo decía a los Gálatas? “Si os mordéis unos a otros, llegaréis a destruirnos mutuamente” (Gal 5, 14-15). ¿A qué se debe la sangría que sufre actualmente la Iglesia? ¿No se deberá, en parte, al antitestimonio que estamos dando los cristianos? Se atribuye, a veces, a las leyes laicas que salen de los parlamentos democráticos aconfesionales y a los medios de comunicación. Eso puede contribuir. Pero a esto hay que añadir que, a los que nos proclamamos seguidores de Jesucristo, no se nos puede reconocer como tales, porque no practicamos el amor evangélico como lo hacía la comunidad cristiana de Jerusalén, que todo lo tenía en común y en la que cada uno aportaba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades (He 4, 32-37). ¡Cuán lejos estamos hoy de aquellos primeros cristianos! Es verdad que practicamos la limosna, con

la que tranquilizamos nuestra conciencia. Fijémonos en lo que dice Santa Teresa sobre los ricos: “Gózanse, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dio el Señor como a mayordomos suyos para que partan a los pobres, y que le han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están en padecimiento” (Meditaciones sobre los Cantares, 2, 5).

La Iglesia institucional predica y publica documentos muy evangélicos y muy valientes sobre la doctrina social clamando por los pobres, denunciando el capitalismo salvaje, urgiendo la comunicación de bienes que termine con la injusta diferencia entre ricos y pobres. Pero hace falta hacer más: Llevar a la práctica todo lo que predicamos.

El amor al prójimo, si es verdadero, se contagia. “Adonde no hay amor, pon amor y sacarás amor” (San Juan de la Cruz, C 27, 8). “Un amor enciende otro amor” (id. C 13, 12). Si no contagiamos de amor es o porque no tenemos amor o porque lo tenemos tan débil que somos incapaces de comunicarlo a aquellos con los que convivimos.

“Para un cristiano en el límite existir es amar”. El Concilio Vaticano II proclamó esta frase lapidaria: “La ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor: Amaos unos a otros como yo os he amado” (G S 38). Este mandamiento de Jesucristo es nuevo porque nos obliga a amarnos porque Él nos amó y como Él nos amó: amar a los demás hasta dar la vida por ellos, si llega el caso. Nadie, antes de Jesucristo, había proclamado un mandamiento con exigencias tan absolutas. Por eso el cristianismo es la religión del amor más grande.

San Juan dirige el mandamiento nuevo del amor (Jn 13, 34-35) a la comunidad cristiana. Se trata, pues, de un amor-comunión, ejercido entre y por los creyentes en Cristo. San Juan habla de una manera positiva, no restrictiva. No excluye nunca el amor a los no cristianos. Este amor es la fuerza vital que sostiene e impulsa la marcha de la Iglesia. Un amor que nos obliga a ser todos en uno. Es la súplica que Cristo, al final de su vida, hace al Padre: “Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 20-21). Desde la unidad se

hace más creíble nuestra fe. Desgraciadamente no es así. La Iglesia cristiana está rota en varias iglesias, lo que es un antitestimonio. Todas las iglesias deben reunificarse en Cristo de una vez para siempre. El movimiento ecuménico de la unidad, que surgió con fuerza después del Concilio, creo que hoy está adormecido. Tengamos en cuenta que la Biblia es “EL LIBRO” de la humanidad. Debe ser leída con visión universalista, pues puede llamarse “La Carta Magna”, que Dios, nuestro Padre común, dirige a los seres humanos de todos los tiempos y de todos los espacios, como normativa de nuestra vida y de nuestra convivencia humana.

El amor es dinámico, está en continuo crecimiento. Si así fuere llegaría un momento, en el que estaríamos tan llenos de amor, que podríamos decir con San Juan de la Cruz: “Ya sólo en amar es mi ejercicio” (C 27, 8). Todo lo haríamos por amor, tendríamos el poder del amor que es más fuerte que la muerte (C 8, 6). Cuantos han llegado a las cimas más altas del amor están abrasados de esa “llama de amor viva” y transmiten el fuego de la misma. Santa Teresa se lastimaba de que hubiera “predicadores” que carecen de ese “gran fuego de Dios, como lo

estaban los apóstoles y así calienta poco esta llama” (V 16, 7). Con el amor pagamos al Señor la deuda que hemos contraído con él por caer una y otra vez en el pecado. “El amor alcanza el perdón de todos los pecados” (1 Pe 4, 8).

Un cristiano auténtico “vive en el amor” (Ef 5, 21), “el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo” (Rom 5, 5). El que de verdad ama está siempre sembrando amor y cosechando amor. Así lo decía San Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”.

Hemos nacido para el amor y “a la tarde”, en el ocaso de nuestra vida el que es el AMOR nos va a examinar de amor. Una asignatura que estamos aprendiendo y practicando toda la vida. Nuestro muy querido Maestro nos ha advertido que el examen final se centrará únicamente en esta asignatura, incluso nos ha comunicado las preguntas que nos va a hacer. Las contestaciones a esas preguntas las encontramos en el capítulo 25 del evangelio de San Mateo.

Si en el Antiguo Testamento tenemos la sublimidad del Cantar de los Cantares, en el Nuevo, tenemos el no menos sublime himno al amor de San

Pablo en el que el apóstol nos hace una descripción teológica y ética de lo que es el amor (1 Cor 13). El amor es paciente, aguanta sin límites, lo soporta todo, es servicial, sirve con cariño a los hermanos. Es benigno, amable, dulce. Se comporta siempre con ternura, con un corazón sincero, limpio y luminoso. Se manifiesta en contra de la injusticia y de la impiedad, de los que cierran el camino de la verdad que es Cristo. Es bueno y bondadoso, reparte alegremente sus bienes, pues sabe que Dios ama al que da con alegría. Todo lo excusa, no juzga, no condena a nadie, hasta justifica las ofensas recibidas por los pecados cometidos. Santa Teresa decía: “A nadie nos culpan sin culpas”. Todo lo cree, cree en la bondad de las personas, se fija en sus virtudes y nunca en sus defectos, es ingenuo. Todo lo espera, espera el triunfo de la justicia interhumana, cree en la utopía del evangelio, en la globalización del amor fraterno, en el reinado de Dios en la Tierra. Todo lo sufre y lo acepta todo, carga con la cruz de cada día, sin proferir una palabra de disgusto. Soporta a los demás con humildad y con mansedumbre, es tolerante con todos. Es hospitalario, acoge a los desamparados, abre las puertas de su casa a los que

no tienen cobijo. Es fiel a Jesucristo y a los demás, a imitación de Dios que guarda su fidelidad por todas las generaciones y todas las edades. Ahora tenemos fe, esperanza y amor. Al final, la fe desaparecerá, porque tendremos la visión de Dios; desaparecerá también la esperanza, porque estaremos en posesión de lo esperado. El amor no pasará nunca, estaremos eternamente amando.

A partir del profeta Oseas, que sufrió las infidelidades de su esposa, las relaciones de Dios con Israel se describen bajo la metáfora conyugal, en la que Dios es el esposo y el pueblo es la esposa. En estos desposorios se ponen de relieve la fidelidad de Dios y la infidelidad del pueblo que se prostituía una y otra vez (Os 2). Jeremías lo cuenta así: “El Señor me dijo: Anda, grita a los oídos de Jerusalén: Esto dice el Señor: Me he acordado de ti, en los tiempos de tu juventud, de tu amor de novia, cuando me seguías en el desierto” (Jer 3, 1). Era la época áurea de sus amores. Pero eso ya no existe. La esposa ha dejado a su esposo y se ha prostituido con innumerables amantes (Jer 3, 1), con otros dioses que ni siquiera son dioses, son la vanidad, es decir, la nada. El esposo, que es la fidelidad misma, perdona una y

otra vez: “A la esposa, tomada en la juventud, ¿se la puede rechazar? –dice Dios-, sólo por un momento te había abandonado, con inmensa piedad te recojo de nuevo” (Is 54, 6-7). “Con amor eterno te he amado; por eso te trato con lealtad” (Jer 31, 3). Dios nunca falla, es fiel a su palabra.

Estas relaciones amorosas de Dios y su pueblo están contadas así por el rapsoda: “Voy a cantar a mi amigo un cántico a la viña de sus amores. Mi amigo tenía una viña en una loma feraz. La cavó, la descantó, plantó cepas selectas. En medio de ella construyó una torre e hizo en ella un lagar; esperaba que produjera uvas, pero sólo produjo agrazones....¿Qué más podía hacer con mi viña, que yo no lo hiciera? ¿Por qué, si esperaba que me diera uvas, me ha dado agrazones?” (Is 5, 1-4).

He ahí el amor tan grande de Dios a su pueblo y el lamento conmovedor de su amor no correspondido. Hoy la viña y la esposa de Dios es el nuevo Israel, la Iglesia (la cristiandad), la cual no puede caer en las mismas deslealtades de la antigua esposa, a la que, por cierto, Dios sigue amando “en atención a la elección que hizo de sus antepasados, pues los dones divinos son irreversibles” (Rom 11, 28-29).

Jesucristo ama a la Iglesia con un amor similar al que el Padre tiene por él (Jn 12, 19). La amó tanto (nos amó tanto), que se ofreció a sí mismo por ella en la cruz “para santificarla por medio del agua del bautismo y de la Palabra, para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa y perfecta”. (*Ef 5, 25-27*).

La Iglesia no puede (no podemos) prostituirse con otros dioses, como pueden ser el dinero, el poder, la vanidad.

IV EL PERDÓN

El hombre bíblico es un pecador más, pero un pecador arrepentido, que está pronto para pedir perdón a Dios. Se siente perdonado y ese sentimiento hace surgir en él el amor más grande. Pide perdón al que ha ofendido y le perdona de todo corazón. Perdona siempre todo y a todos. Perdona las deudas al que no quiera pagárselas. Y se perdona a sí mismo por los errores y pecados que ha cometido, pues son de tiempo atrás y ya no existen.

Dios es nuestro Padre común, Padre de todos los seres humanos, sin distinción de razas y colores, de creencias y de no creencias religiosas. La palabra aramea “ABBA”, que significa “papá”, “papaíto”, es la más importante de todas las que pronunció Jesús. Los evangelios la conservan en el original (Mc 14, 36) y también San Pablo (Rom 8, 15; Gal 4, 6), lo que indica que es una de las pocas que sabemos con certeza que salió de sus labios y al mismo tiempo pone de relieve lo que Dios es. Del papa Juan Pablo I, en su misterioso y brevísimo pontificado, sólo

recordamos esta frase: “Dios es Padre, más aún, es Madre”. Con las dos palabras podemos invocar a Dios. Dios es asexuado, es Padre y Madre, un Padre materno o una Madre paterna, pero le cuadra mejor la ternura de la madre, porque lo esencial en él es el amor y en la tierra el amor más grande es, sin duda, el de la madre. San Jerónimo decía: “El Espíritu es femenino en hebreo (Ruah), neutro en griego (Pneuma) y masculino en latín (Spiritus)” (P.L. 24, 411 B).

Si Dios es nuestro padre querido no hay que tenerle miedo, sino invocarle siempre como Padre, al que hay que amar, respetar y obedecer. Así lo hacía Jesucristo, el Hijo de Dios por naturaleza, eternamente engendrado por el Padre y hecho carne humana en las entrañas virginales de María.

Cristo se dirige a Dios como a su padre en los evangelios 170 veces y nos recuerda que hagamos nosotros lo mismo, pues dijo a sus discípulos: “Rezad así: Padre nuestro...” (Mt 6, 9). La palabra “Padre” nos habla del amor a Dios y la palabra “nuestro” del amor a todos los seres humanos. Sólo Dios es nuestro ABBA: “No llaméis a nadie padre en la tierra, porque

uno sólo es vuestro padre, el del cielo” (Mt 23, 9). Podemos decir que el nombre propio de Dios es EL PADRE. Santa Teresa lo tenía esto muy claro cuando decía a sus monjas: “Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús: no se conozca aquí otro Padre” (C, 45, 2). La Santa sigue diciendo: “En siendo padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, nos ha de perdonar, nos ha de consolar, nos ha de regalar, nos ha de sustentar” (C, 44, 1). Por nuestra parte, nos comprometemos a comportarnos como hijos: “Con toda humildad hablarle como padre, pedirle como padre, regalarse con él como con padre” (C, 46, 2).

Dios es un padre perdonador. Si dejara de perdonar, dejaría de ser Dios. El perdón pertenece a la esencia del evangelio y de toda la Biblia. Dios es pródigo en perdonar (Is 55, 7), es el Dios del perdón (Neh 9, 17), pasa por alto el pecado de los hombres (Sab 11, 20), se los echa a las espaldas (Is 18, 7), es compasivo y misericordioso, es el “padre de las misericordias” (2 Cor 1, 3; Sab 9, 1), todo lo perdona porque todo lo puede: “Tienes misericordia de todos porque todo lo puedes y pasas por alto el pecado de

los hombres para llevarles al arrepentimiento. Tú perdonas a todos, porque todo es tuyo” (Sab 11, 23-26). “Tu fuerza es el principio de la justicia y al ser Tú señor de todo te hace ser indulgente con todo” (Sab 2, 16). La fuerza y la grandeza del Padre se manifiesta en el perdón, no en la represión y en el castigo. Al obrar así, Dios nos enseña que “el justo debe ser humano” (Sab 12, 19) y obrar con humanidad, con tolerancia y con misericordia, pues el que no es capaz de ser humano, no tiene nada de divino. El perdón produce amor. La pecadora de San Lucas amó mucho a Jesús porque le perdonó mucho. A quien se le perdona mucho, ama mucho y “al que se le perdona poco, ama poco” (ver Lc, 7, 47).

El Nuevo Testamento representa la culminación del perdón de Dios. Jesucristo vino “a llamar a los pecadores” (Mt 2, 17); por eso se juntaba con ellos, eran sus amigos (Mt 11, 19); los fariseos decían de él que andaba en malas compañías.

Él mismo se hace pecado para destruir el pecado en su propia condición humana (2 Cor 5, 21); en él tenemos la remisión de nuestros pecados (Ef 1, 7; Jn 4, 10). Para eso moría en la cruz, como él mismo lo

había anunciado: “Ésta es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza, que será derramada para el perdón de los pecados” (Mt 26, 28).

A cambio, Jesucristo nos pide que también nosotros perdonemos. No se trata de que nosotros perdonemos para que él nos perdone, sino de que, puesto que Dios nos perdona, nosotros debemos perdonar. La norma es que nosotros imitemos a Dios y no Dios a nosotros. “Soportaos unos a otros y perdonaos si alguno tiene quejas contra otro del mismo modo que el Señor os ha perdonado, así también vosotros debéis perdonaros” (Col 3, 13). Un cristiano lo perdona todo, siempre y a todos. También a sus enemigos e incluso a los criminales. Perdona y olvida. El que dice que perdona, pero no olvida, en realidad no perdona, pues no se trata de borrar de la memoria un hecho que pudo lastimarnos gravemente, porque eso no es posible, sino de borrarlo del corazón.

El cristiano está pronto a perdonar y para pedir perdón. Pedimos perdón a Dios, no tanto por haberle ofendido a él, pues ¿qué podemos hacerle a él, que es el todo, nosotros que somos la nada? Le

ofendemos cuando ofendemos al prójimo, al que tenemos que pedirle perdón y reparar la ofensa o el daño que hayamos podido causarle. No basta con ir al confesionario para que el sacerdote, en nombre de Dios, nos dé la absolución. Hay que hacer las dos cosas, acudir a Dios y al prójimo. Teniendo muy claro que Dios perdona siempre, ¿cómo el Dios de las misericordias y de los perdones va a tener un corazón tan despiadado para dictar una condenación llena de sufrimientos por toda la eternidad? Cristo vino para salvarnos. Lo repite él en el evangelio: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo” (Jn 3, 17), “Yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo” (Jn 12, 47). Estamos salvados. Dios nos ha salvado por puro amor y a través del cuerpo entregado y la sangre derramada por Cristo en la cruz somos herederos de la vida eterna tal y como lo esperamos (Tit 3, 7). “Jesucristo es el salvador, el Mesías, el Señor” (Lc 2, 11). Tres títulos cristológicos que resumen su misión encomendada por el Padre.

Creo que no tener una fe plena en que al final todos seremos perdonados, es desconfiar de él,

cuando es el único en el que podemos confiar. Él sabe de qué pasta estamos hechos, una pasta pecadora.

V LA POBREZA

El hombre bíblico o es pobre real o se hace pobre de espíritu viviendo con austeridad. Es amigo y amante de los pobres, en cuyo rostro ve el rostro de Dios. Es muy generoso con ellos, según sus posibilidades, siempre los trata con cariño. Sabe que lo que hace con ellos, lo está haciendo con el mismo Jesucristo.

Los pobres son una de las claves más importantes en la lectura de la Biblia. Siempre ha habido pobres en el mundo y siempre hay que estar con ellos, si queremos estar con Dios. Nunca ha habido en el mundo tanta riqueza, acumulada en manos de una minoría que no se harta nunca de dinero, y, al mismo tiempo, tanta pobreza generalizada en una masa ingente de personas que luchan por sobrevivir y que termina muriendo de hambre. El amor al dinero está en la raíz de todos los males, de todas las injusticias y de todas las guerras. “El que ama el dinero no se sacia de dinero” (Qo 5, 10), quiere seguir acumulando más y más.

En el evangelio, los pobres ocupan el lugar preferido, en su calidad de representantes cualificados de Jesucristo, también pobre. La Biblia se manifiesta, una y mil veces, a favor de los desfavorecidos. Habrá que tener siempre presente que la tierra y todo lo que contiene es de Dios que nos lo ha dado para que lo disfrutemos todos por igual.

En el Pentateuco encontramos substancialmente el ordenamiento jurídico de Israel, el pueblo elegido por Dios, en el que los bienes deberían ser repartidos entre todos de manera equitativa, con el fin de que no hubiera pobres, pues tal es el querer divino: “No habrá entre vosotros ningún pobre” (Dt 15, 4).

Entre los pobres, el huérfano, la viuda y el emigrante eran el símbolo de la mayor pobreza. El huérfano y la viuda constituían una clase indefensa, desamparada, pues no había una institución pública que los acogiera. Sin embargo Israel se preocupaba de sus derechos sociales. Y así nos encontramos con esta ley que salvaguarda y garantiza moralmente los derechos mínimos de estos ciudadanos: “No violes el derecho del emigrante, ni el del huérfano y de la

viuda. El que lo viole será maldito” (Dt 24, 17 y Dt 27, 19).

He aquí estas dos leyes sobre el emigrante: “No explotarás ni oprimirás al emigrante, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto” (Ex 22, 20). “Si un emigrante se establece en vuestras tierras...será para vosotros como un compatriota más y lo amarás como a ti mismo” (Lev 19, 33-34). El hombre es ciudadano del mundo. Tiene perfecto derecho a circular con libertad por la bola de la tierra y a fijar su residencia donde mejor pueda subvenir a sus necesidades. Debe ser acogido como un hermano, pues es hermano, al que hay que integrar con igualdad de derechos y deberes.

Los pobres, los huérfanos y las viudas se veían obligados, con frecuencia, a vivir de la limosna y de la caridad pública. Además de sufrir la pobreza, sufrían la humillación de tener que mendigar. Cuando se ve a un pobre, no hay que mirar para otro lado, hay que mirar su rostro, en el que se refleja el rostro de Dios. Hay que dar limosna al indigente y darle la consideración que se merece: “Si poniendo mala cara a tu hermano necesitado, no le das nada, podría apelar al Señor contra ti y te harías reo de pecado.

Debes darle y darle con alegría” (Dt 15, 9-10). Con lo que se le da, hay que darle también el corazón. Siempre habrá pobres, pero Dios quiere que no los haya.

Los profetas predicán la eliminación de las desigualdades sociales y económicas. Están siempre al lado de los pobres, de los marginados, de los excluidos. Denuncian la diferencia escandalosa y sonrojante entre ricos y pobres, los abusos de las clases dominantes, la opresión de los débiles, la rapacidad de los poderosos, la inmoralidad de los comerciantes, el lujo y el consumismo. Son innumerables los textos que confirman esta realidad. Oponen el pecado al pobre, al que identifican con el hombre justo y humilde. Nos debemos hacer esta pregunta: ¿Es que el pobre, sumergido en la indigencia extrema, tal y como se da hoy en cientos de millones, puede pecar? Y si pecara, no quedaría *ipso facto* expiado su pecado con la triste y dolorosa situación en que se encuentra, con las múltiples carencias que le tienen machacado y prácticamente convertido en la nada?

Los sabios de Israel se manifiestan a favor de los pobres y en contra de los ricos. El rico comete una

injusticia y encima presume de ello y el pobre sufre una injusticia y encima debe excusarse. Cuando el rico tropieza, hay muchos para levantarlo y le dan la razón; cuando el pobre tropieza, se le llena de insultos. Si hay ricos, es porque hay pobres. Los amantes del dinero son inmisericordes. Confiar en las riquezas es una insensatez. La riqueza diferenciante suele ser “mal adquirida”.

El pobre es el representante de Dios, de tal manera que el que le ultraje, está ultrajando a Dios. No dar limosna al pobre es quitarle lo que es suyo, pues lo que le sobra al rico es del pobre. El dinero es una trampa para cuantos se entregan a él, todos los insensatos caen en ella. ¿Para qué acaparar riquezas, si, al final, todo hay que dejarlo aquí? El hombre nace desnudo del seno de su madre y se irá como vino. Nada se puede llevar. Entonces ¿qué ventaja tiene el rico sobre el pobre? Ninguna. Lo que, al final tiene es una desventaja al presentarse ante Dios.

En esto, como en todo, la última palabra la tiene Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nuestro modelo insustituible. Para hablar de la pobreza de manera creíble, lo primero es vivirla y luego predicar

sobre ella. Jesucristo primero hizo y luego enseñó (He 1, 1).

Aprendió y ejerció el oficio de su padre San José, como en general, hacían todos los hijos de Israel, aunque, al mismo tiempo, hicieran estudios superiores. Se ganó la vida con su trabajo, probablemente de albañilería, en la construcción de la ciudad de Séforis. Perteneció, pues, a una familia de humilde condición social.

Cuando comienza su vida pública expone en la sinagoga de Nazaret el programa de su quehacer mesiánico. Dice que ha venido a encarnar y realizar en su persona lo anunciado por Isaías sobre el siervo doliente de Yahvé: Ha sido enviado por su Padre para anunciar la Buena Noticia (el evangelio) a los pobres y la libertad a los presos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-21). Sus primeras palabras fueron para los pobres. Vivió en la pobreza durante sus tres años de vida pública. No tenía casa propia. Su casa era la de Pedro en Cafarnaúm, en cuyo entorno ejerció la gran parte de su evangelización, en los alrededores del lago de Tiberiades. Estuvo siempre rodeado de la gente sencilla. De él y de sus discípulos cuidaban con sus

bienes unos discípulos, entre los que estaba María Magdalena.

Los pobres fueron sus amigos, sus preferidos. Cuando proclama las bienaventuranzas, la primera es para ellos: “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos”. No dice que, para que así sea, los pobres tienen que ser buenos, religiosos, practicantes. Son pobres y basta, es decir, por el mero hecho de ser pobres, ya son ciudadanos del reino de Dios. Lo de “**pobres de espíritu**” del evangelio de Mateo, es una añadidura que el evangelista hace a la bienaventuranza de San Lucas que es la original. En todo caso “pobre de espíritu” significa “pobre de voluntad”, es decir, bienaventurado el que, siendo rico, se hace voluntariamente pobre. La igualdad que pide el evangelio y que pretende San Pablo con la gran colecta que llevó a cabo en las comunidades ricas para llevarla a las comunidades pobres, pertenece a la esencia de la doctrina cristiana.

La Iglesia debe estar atenta a los signos de los tiempos, conectar con las realidades que condicionan la vida de todos los seres humanos, para que su evangelización no se pierda más allá de las nubes,

pues da la impresión que no pocas predicaciones se están refiriendo a otro mundo bien distinto al que nos toca vivir, en lugar de dar la respuesta evangélica concreta a las situaciones reales en las que estamos. Y así nos encontramos con que las palabras del predicador vienen a ser, como decía San Pablo, “una campana que toca o unos platillos que resuenan”, que sólo sirven para hacer ruido.

Jesucristo conectaba personalmente con el pueblo, con sus sentimientos y con sus necesidades, con sus deseos y con sus carencias y obraba en consecuencia. Por eso era tan querido por las gentes. Le seguían las multitudes que le aclamaban, le vitoreaban, y le suplicaban. Sólo tuvo enemigos entre los poderosos, los Sumos Sacerdotes, el Sanedrín, los escribas y los fariseos. Los fariseos eran la encarnación del hombre religioso escrupulosamente practicante, pero no tenían amor. San Juan de la Cruz dice que “el que no ama a su prójimo, a Dios aborrece” (A 176).

Un signo de todos los tiempos es que siempre habrá pobres en la tierra. Luis Vives escribe en el siglo XV: “a cualquier parte que mires verás pobreza”. Así lo dijo Cristo al final de su vida, “siempre tendréis pobres con vosotros”, pero nos lo dijo, no para que

nos resignemos a tenerlos, sino para que nos comprometamos a luchar para que no los haya y también para que, en adelante, nuestras relaciones con Él las hagamos a través de ellos.

Este signo de los tiempos ha adquirido en el presente unas enormes dimensiones. La desigualdad entre ricos y pobres tiene hoy unas proporciones, ante las cuales, la Iglesia institucional no se puede limitar a denunciar tanta injusticia, como efectivamente hace. Debe pasar de las palabras a los hechos. Y estos hechos serían por ejemplo los siguientes:

1) La Iglesia la fundó un pobre y por eso la Iglesia, para ser creíble, debe ser también pobre. Yo creo que lo es, pero no lo parece. No pocas veces da la impresión de ser rica, de estar con los ricos y de hacer gastos superfluos en algo que no tiene nada o tiene muy poco de evangelización.

2) En la Iglesia hay tesoros que no tienen nada de arte, que son simplemente tesoros. ¿Qué pintan donde están? ¿Por qué no los empleamos en remediar un tanto la pobreza? Esto, a las “pías aures” puede sonar a demagogia. En todo caso creo que es una demagogia evangélica pues ya la

proclamaron con todo vigor los Santos Padres: "La Iglesia posee oro, no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados" (San Ambrosio). "¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Jesucristo muere de hambre" (San Jerónimo). En todas las familias se atiende de manera especial al que más lo necesita. Hagámoslo también en la gran familia humana.

Que no se rasgue nadie las vestiduras. La liturgia debe ser celebrada con la máxima dignidad, pues se trata de recordar, de vivir con el alma arrodillada lo más sagrado, los acontecimientos más transcendentales de la vida de Jesucristo, presente en el acto litúrgico, y, al mismo tiempo manifestar nuestras actitudes de adoración y de ofrecimiento de nuestras vidas al Señor. Pero esto no nos impide decir que, en ciertas celebraciones, hay pequeñas cosas o ritos, que sirven, no para recoger y enfervorizar nuestro espíritu, sino para distraer nuestra atención, y, por tanto, creo que estaría bien suprimirlos.

VI LA IGLESIA EN SUS ORÍGENES

El hombre bíblico conoce muy bien la organización de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén que vivía de verdad el evangelio de Jesús, el manantial al que la Iglesia (todos los cristianos) debe recurrir constantemente para ser fiel a su divino fundador.

El concilio convocado con la finalidad de poner al día a la Iglesia, nos dijo que había que volver a las fuentes, a los orígenes. Los evangelios son como un espejo en el que se refleja la figura de la Iglesia que Cristo dejó en ellos grabada. Por eso la Iglesia debe mirarse en ellos cada día para constatar si su actual figura se ajusta al original. Eliminar lo que está haciendo mal y poner en práctica el bien que no está haciendo. El concilio dice que el evangelio es fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta (DV 7). Por esta razón el código por el que la Iglesia debe ser gobernada es el evangelio, es Cristo, el camino, la verdad y la vida; es decir, el camino verdadero que conduce a la vida. Es el libro de texto que debemos estudiar, asimilar y practicar

todos los días, pues desconocer el evangelio es desconocer a Jesucristo.

La primitiva comunidad cristiana de Jerusalén es el paradigma –mutatis mutandis- de lo que debe ser siempre la Iglesia. Regía la obligatoriedad de compartir todo lo que tenían, cada cual aportaba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades. Tenían un solo corazón y una sola alma y nadie llamaba propia cosa alguna de cuantas poseían. Tenían en común todas las cosas. Este “modus vivendi” era tan convincente que cada día el grupo de creyentes aumentaba ostensiblemente (He 2, 44-47; 4, 32-35).

Sin comunicación de bienes no hay cristianismo. Hoy, ante esta crisis económica tan dura por la que estamos pasando, se hace necesario vivir como vivían aquellos primeros cristianos, aunque no es posible hacerlo en su literalidad, dadas las dimensiones de la cristiandad. Lo que está claro es que lo superfluo, lo que nos sobra a unos, les hace falta a otros. Debemos de tener una generosidad grande para desprendernos de todo eso que nos sobra a favor de los que no tienen nada o casi nada. Y hacerlo a través

de las Instituciones religiosas dedicadas a las obras de caridad.

El milagro de la multiplicación de los panes nos enseña que si se reparte todo lo que tenemos, aunque sea poco (cinco panes y dos peces) hay pan para todos e incluso sobra. EL rico Epulón es condenado porque no era capaz de dar un pedazo de pan al pobre Lázaro. Los pecados de omisión suelen ser los más graves, aparte de los horrendos crímenes que, desgraciadamente, se perpetran cada día.

Todo esto sería el mejor testimonio de nuestra fe y el motor de la nueva evangelización, de la que hablamos y no acabamos de hacer y que debe consistir en pasar de las palabras a los hechos: Poner al día la misma evangelización que Cristo hizo, pero con palabras de la máxima actualidad hoy, evangelizar a los pobres, estar con ellos, defender sus derechos, contra sus opresores responsables de la dolorosa situación en que se encuentran.

La Iglesia primitiva estaba estructurada democráticamente. Así lo demuestran estos hechos:

La elección de Matías: Un día en que se habían reunido unos ciento veinte, Pedro se puso en pie en

medio de los hermanos y dijo que convenía elegir a uno de los que les habían acompañado durante la vida de Cristo, para ocupar el puesto de Judas. No se le ocurrió nombrarle él. Los hermanos se dividieron y presentaron a dos, a Matías y a José, y oraron así: “Tú, Señor, que conoces el corazón de todos los hombres, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en este ministerio del apostolado el puesto que abandonó Judas para irse a su lugar. Lo echaron a suertes, y cayó la suerte sobre Matías, que fue agregado a los once apóstoles” (He 1, 15-26).

Los siete diáconos: Como el número de discípulos aumentaba, los doce convocaron a todos los fieles para que eligieran a siete hombres que cuidaran de los pobres tanto hebreos como griegos. Que los siete tuvieran buena reputación y estuvieran llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, mientras que los apóstoles se dedicarían a la oración y al ministerio de la palabra. Los presentaron con el agrado de toda la asamblea a los apóstoles que les impusieron las manos. La palabra de Dios crecía y el número de los fieles aumentaba considerablemente en Jerusalén e

incluso muchos sacerdotes abrazaban la fe (He 6, 1-7).

El Concilio de Jerusalén: Los judaizantes sostenían que los paganos, que aceptaban la fe cristiana, tenían que pasar por la ley judía de la circuncisión, según el rito de Moisés, pues de lo contrario no podían salvarse (He 15, 1). El problema suscitado era de suma importancia. Tras una fuerte discusión de Pablo y de Bernabé con los judaizantes de Antioquía, decidieron ir los dos a Jerusalén para tratar el asunto con los Apóstoles los cuales, juntamente con la comunidad los acogieron con grande alegría. Pedro rechaza la pretensión de los judaizantes diciendo que “nosotros creemos que nos salvamos por la gracia de Jesús, el Señor, igual que los paganos” (He 15, 11). Después hablan, en el mismo sentido Pablo y Bernabé y a continuación interviene Santiago rubricando lo dicho por los anteriores. Por fin elaboraron el decreto conciliar, fruto de un acuerdo general de los Apóstoles, los Presbíteros y la comunidad de la Iglesia de Jerusalén. Un decreto dirigido a los hermanos procedentes del paganismo en el que manifiestan que la asamblea de Jerusalén

ha decidido no imponerles la carga de la circuncisión. Pablo y Bernabé con otros delegados les informarán de todo.

Las estructuras de la Iglesia institucional son hoy muy distintas a las de la Iglesia primitiva. La de hoy está, a mi parecer, excesivamente jerarquizada; creo que volviendo a las fuentes y teniendo en cuenta los signos de nuestro tiempo que se dan en el mundo y sobre todo en los pueblos civilizados, convendría que la Iglesia emprendiera un camino de modernización, democrático. Hacerlo cuanto antes, como instrumento positivo de la nueva evangelización.

VII LA LIBERTAD Y LA ESCLAVITUD

El hombre bíblico es un hombre libre, goza de la libertad de los hijos de Dios: No tiene miedo a nadie. Predica con valentía el evangelio de Jesús. Es un gran defensor de los derechos humanos y sabe que sin libertad no hay modo de cumplirlos. Es, al mismo tiempo, un esclavo de todos por amor.

“Dios hizo libre al hombre y lo dejó a su propio albedrío (Si 15, 14). El hombre está dotado de una inteligencia y de una voluntad libre. La libertad es un derecho fundamental de la persona humana, el don más precioso, después de la vida, que nos ha hecho Dios. He aquí estas palabras de Don Quijote: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre (2, 58). “No hay en tierra contento que se iguale a alcanzar la libertad” (1, 39).

EL hombre libre se opone al esclavo. Dios no quiere la esclavitud de nadie. Liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto (Éxodo); de la cautividad de Babilonia (Esdras y Nehemías), y de los seléucidas

sirios (1-2 Mac). La liberación de la esclavitud de Egipto, para hacer de Israel un pueblo independiente en el concierto de todos los pueblos, es el punto de referencia de todas las liberaciones posteriores narradas en la Biblia.

El mundo debe ser una comunidad de hombres libres en todos los aspectos que abarca la complejidad de la palabra libertad: Libertad política, exaltada en la Biblia (1 Mac 14, 26), en la que el hombre puede actuar como lo juzgue conveniente, sin que sea coaccionado por la represión o por el miedo. La libertad de palabra conlleva hablar con valentía públicamente, sin miedo alguno. Así hablaba Jesucristo (Jn 7, 26; 18, 20). Se trata del derecho “a expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción”, moviéndose siempre entre dos coordenadas: la información objetiva y el respeto a los derechos de todos; pues la libertad de cada uno termina donde comienza la libertad de los demás. Jesucristo proclamó así a sus discípulos la libertad de expresión: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” (Mc 16, 15).

“La libertad religiosa consiste en que todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto de parte de personas particulares, como de grupos sociales y de cualquier potestad humana, y ello de tal manera que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida a que actúe conforme a ella en privado y en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos. Declara además que el derecho a la libertad religiosa se funda realmente en la dignidad misma de la persona humana” (Conc. Vat. II, D H, 2).

Jesucristo es el final de todas las dictaduras políticas, sociales y religiosas. “Nos ha hecho libres para que seamos hombres libres” (Gal 5, 1). Esta libertad cristiana, aparte de liberarnos de todas las tiranías, nos libera de la tiranía del pecado y de la muerte. Jesucristo dijo al paralítico: “Tus pecados te son perdonados” (Mt 9, 2). Se trata de una liberación profunda, integral del hombre. Nos libera de todos los males, de todos los caminos que nos alejan de Dios, y de leyes puramente ritualistas y formulistas sin contenido alguno que nos conduzcan a “ser verdaderamente libres”.

La fuente de la libertad es Cristo: “Donde está el Espíritu del Señor hay libertad” (2 Cor 3, 17). Cristo en la cruz, al morir, inclinó la cabeza y nos entregó su Espíritu (Jn 19, 30). EL mismo Espíritu nos dice que gozamos de la libertad de los hijos de Dios. “Y si somos hijos, somos también herederos de Dios y coherederos de Cristo” (Rom 8, 17).

Vivir libremente no es vivir en una anarquía social. Las leyes de la convivencia humana y pacífica deben ser siempre respetadas. En la carta a los Gálatas, la carta de “la libertad”, leemos estas palabras que condenan el libertinaje y que prohíben hacer lo que a uno le dé la gana: “Hermanos, habéis sido llamados a ser hombres libres, procurad que la libertad no sea el pretexto para dar rienda suelta a las pasiones, antes bien, servíos unos a otros por amor” (Gal 5, 13).

Al final todo conduce al amor, a un amor-servicio. Se ha dicho que la ley constituyente de la Iglesia está en el lavatorio de los pies de los apóstoles en la última cena. Jesucristo les dijo: “Me llamáis Maestro y Señor. Y tenéis razón, pues lo soy. Como maestro os acabo de dar la última lección: os he lavado los pies, una faena propia de esclavos, y como Señor os

mando que hagáis vosotros lo mismo”. El lavatorio (Jn 13, 1-14) está narrado únicamente en el IV evangelio, en el lugar de la institución de la Eucaristía, narrada solo por los Sinópticos. Entre ambas acciones de Jesucristo hay una clara coincidencia. En el lavatorio Jesucristo les dijo: **“Haced lo mismo que he hecho yo”**, y en la Eucaristía dice: **“Haced esto en memoria mía”**. En ambos textos se viene a decir que, recordando a Jesucristo, nos amemos y nos sirvamos unos a otros hasta dar la vida por los demás.

Todo esto significa que la razón de ser de la Iglesia es servir. Se ha dicho que una Iglesia que no sirve, no sirve para nada o para casi nada. Jesucristo nos dijo esto: “Yo no he venido a ser servido, sino a servir” (Mt 20, 28) y “ a dar la vida como rescate por todos “ (Lc 10, 45).

Al final, la libertad cristiana se convierte en servicio, en esclavitud; en adorar y en servir a Dios (Mt 4, 10; Dt 6, 13), es decir, en imitar a Jesucristo “que estaba con nosotros como el que sirve “ (Lc 22, 27). San Pablo se sentía “siervo de Dios” (Tit 1, 1) y “siervo de Jesucristo” (Rom 1, 1), y les dice a los Colosenses que “lo hagan todo como si sirvieran al

Señor”. Santiago comienza su carta como lo hacía San Pablo: “Santiago, siervo de Dios y de Jesucristo” (1, 1). Esta servidumbre al Señor lleva consigo este compromiso: “El que sirve al Señor no debe andar en altercados, sino ser amable con todos” (Col 3, 27-28). Al Señor le servimos sirviendo al prójimo, haciendo siempre el bien. Tenemos el ejemplo de la Virgen que, tras la Anunciación se fue “deprisa” a servir a su tía Isabel.

El modelo supremo fue Jesucristo; la mayor alabanza que Pedro hizo de él fue ésta: “Pasó haciendo el bien” (He 10, 38).

Jesucristo siempre hace el bien y nunca el mal, pues en él se ha hecho persona el bien inagotable. Dios es **EL BIEN**, lo es también Jesucristo.

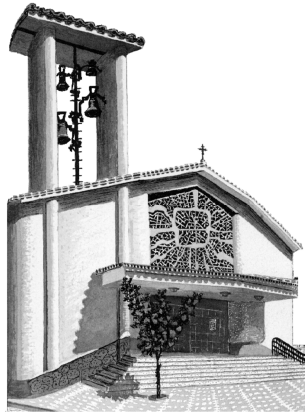
En la carta a los Romanos, la más teológica de todas y de la que se han nutrido constantemente la teología de la Iglesia, el tema del bien es uno de los más importantes. Pablo dice a la comunidad de Roma que “odien el mal y se apliquen asiduamente al bien” (12, 9), pero que sean prudentes para el bien (16, 9), es decir, que haya discernimiento para hacerlo. La fecundidad del bien en la vida religiosa es muy grande:” Para los que aman a Dios, todo contribuye

al bien” (8, 28). A los Efesios les dice que hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar obras nuevas (2, 10), pero esto, a veces, no es fácil de cumplir (ver Rom 7, 18-20).

En la primera carta a los Tesalonicenses, el primer escrito del N.T, Pablo describe la amplitud del bien: “Tened como meta el bien, tanto entre vosotros, como para los demás” (1 Tes 5, 15). La interpretación de este texto de carácter universal afirma que “el corazón del bien es la caridad”. Y en la 2ª carta a los Tesalonicenses, más tardía, les dice “ que no se dejen vencer por el mal, sino que venzan el mal a fuerza del bien “ (3, 13). Un seguidor de Jesucristo no responde al mal con otro mal, sino con un bien. Esta norma evangélica está patente en el sermón del monte (Mt 5-7)

RIBIICA

ESCIIPIA



DE IA AXARQIIIA